

**AGUA Y
RUPTURA SOCIAL.
ENSAYO SOBRE
LA PROBLEMÁTICA
ASIMILACIÓN DEL
CAMBIO TECNOLÓGICO
EN LOS RÍOS**

Juan Carlos Pérez García

**AGUA Y RUPTURA SOCIAL. ENSAYO SOBRE LA PROBLEMÁTICA ASIMILACIÓN
DEL CAMBIO TECNOLÓGICO EN LOS RUICES**

I

Están fuera de duda los considerables esfuerzos de los agricultores de Los Ruices durante la segunda mitad del siglo pasado por incrementar la superficie de cultivo, por intensificar los aprovechamientos y por mejorar el bienestar global de las familias. Pero a finales del siglo XX surgió un conflicto aún de repercusiones inciertas que podría indicar el anuncio de un cambio muy profundo en las relaciones económico-sociales. En este marco inestable, preñado de situaciones problemáticas, es donde incidiría la alteración profunda introducida en torno al uso del agua.

Las interpretaciones que este Segundo Congreso de Historia ofrezca sobre el nuevo protagonismo del factor denominado agua en nuestra economía agraria no pueden estar mediatizadas por opiniones periodísticas poco informadas, desconocedoras de la historia, atentas al protagonismo inmediato de su propio medio de comunicación. Pero tampoco deben estar sujetas al exagerado tecnicismo que los profesionales de la administración de los recursos acuáticos suelen dar en sus intervenciones en diferentes foros públicos.

De esta manera, el propósito fundamental de este trabajo consiste en argumentar que, aparte los problemas de gestión comunitaria, las cuestiones de preservación ambiental, existe un elemento de gran importancia que hasta ahora está

siendo descuidado. Y pienso que se descuida porque no es muy evidente (si lo es para los que fijan su atención en la evolución social; no lo es para los que buscan el problema inmediato, eficaz a efectos periodísticos, o para los que su único objetivo es cubrir el expediente de las instituciones de gestión del agua sin más preocupaciones).

Mi objetivo es, pues, iniciar un análisis primero sobre la confrontación de dos conceptos sustancialmente diferentes de las relaciones de propiedad, las capitalistas de tipo tradicional, fundadas en la pequeña propiedad cobijada bajo la protección del sistema cooperativo, y las nuevas relaciones amparadas en los nuevos retos de la globalización y fundadas en una propiedad más extensa y al margen de las cooperativas tradicionales.

En cierta forma existen muchos problemas que inciden sobre estos objetivos. No es precisamente un problema menor el que afecta a las cuestiones de tipo relacional y familiar. Los Ruices son una pedanía pequeña, y realmente todos estamos unidos por lazos familiares de proximidad y lejanía variada.

Por otro lado, es imprescindible no perder de vista cómo los cambios que el microcosmos ruicense presencia van a ir definiendo poco a poco los perfiles de una sociedad nueva. Sin duda, esta sociedad nueva tiene que superar ahora la ruptura de relaciones que ha escindido familias de una manera brutal. In-

cluso las fiestas patronales, que se celebran en el puente del primero de mayo han recibido el duro golpe de la no asistencia a los actos colectivos de la gente que ha planteado la ruptura con la cooperativa tradicional. Actos sociales tan significativos como las bodas se han visto transformados por esta ruptura. Por consiguiente, de entrada me gustaría subrayar lo que he dicho escuetamente antes: no me resulta sencillo realizar este ensayo breve sobre el alma misma de mi pueblo y mi gente.

Sin embargo, toda esta serie de acontecimientos habidos en mi localidad de origen, Los Ruices, han hecho que reflexione en torno a los problemas del sistema cooperativo y el nacimiento de los nuevos agricultores, tal como yo entiendo el problema que se plantea.

La impresión general es la de una ruptura manifiesta que puede conducir a la proliferación de nuevas bodegas. La experiencia nos dice que las impresiones, hechos que tienen una fuerte componente de subjetividad, pueden variar de rumbo con el paso de algunos años. Sin querer, no obstante, sentar la conclusión de que tiene lugar un proceso de ruptura; parece evidente la coyuntura crítica a la que el sistema se enfrenta, un sistema, hay que subrayarlo, que ha constituido desde hace medio siglo el nervio económico de la comarca.

Pero quiero subrayar de inmediato el carácter esperanzador de este fenómeno por lo que supone de

defensa de un sistema de crianza del vino basado en la tradición y el mantenimiento de unos niveles respetables de calidad. Bien podríamos sintetizar la naturaleza del proceso en una especie de pugna donde se produce un encuentro de pareceres acerca de la calidad del vino.

Permítanme unas cuantas palabras más. En mis investigaciones, nunca he cultivado una orientación presentista como la que ahora emprendo. Mi objeto de estudio está algunos siglos alejado de el mundo actual. Sin embargo, eran muchas las razones para poner por escrito unas ideas y unas reflexiones muy necesarias en la coyuntura actual del sector vinícola en esta comarca. Las nuevas situaciones y desarrollos que se están viviendo en Los Ruices no deben pasar desapercibidos. La realidad es que no es más relevante la acción de tal o cual bodega privada que ha conseguido colocar un vino que ni siquiera produce en sus cepas —porque no las tiene. La realidad son los grandes cambios sociales y económicos, las variaciones sustanciales de una estructura social que va a marcar el rumbo de la sociedad para el futuro.

Esta comunicación está llena de ideas procedentes de fuentes diversas. He preferido no hacer mención a las mismas, pues sería muy prolijo el apartado de las notas. He preferido acompañar el texto de una bibliografía al final, en la que fundamentalmente me baso, aunque cito obras de carácter general.

II

Ciertas opiniones aseguran que el cooperativismo debe ser enterrado definitivamente; que los tiempos, en este capitalismo global que se extiende por todo, son los del individualismo; de acuerdo con este planteamiento, el futuro es de la bodega privada, de intereses netamente definidos, rápida en los reflejos que la orientan al exigente mercado global. En fin, no hace falta hurgar demasiado para descubrir la interesada mano del neoliberalismo uniformizador.

Del futuro no habré de decir nada. De lo que estoy bien seguro es de que nuestro pasado reposa sobre el cooperativismo; y también nuestro presente. Estos supuestos entes anquilosados que son las cooperativas vinícolas siguen constituyendo el armazón vertebrador de una comarca esencialmente agrícola. Así que mejor os iría si tratáramos de debatir las reformas precisas para asegurarles un futuro más adecuado, en lugar de descalificarlas inmediatamente con palabras apresuradas y vacías.

Conviene no olvidar las raíces de todo esto, porque resultan bastante más que esclarecedoras. Los resultados de una cruenta guerra civil impulsaron una durísima postguerra, cuyas características requerirían muchas páginas (hay historiadores más autorizados que el que escribe que pueden ser consultados con provecho acerca de esta cuestión) La instauración de esta comu-

nidad de productores que hoy aparece ante nosotros como cooperativa agraria, sólo puede inscribirse en un proceso de cambio social y político en el que entran en juego diferentes elementos:

(1) El agotamiento en todos los niveles de un régimen autárquico que sometió a hambre, miseria y muerte a millones de ciudadanos.

(2) La ineficacia productiva de unas estructuras económicas inadecuadas para competir con el nuevo capitalismo que emergía de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial, en el que el papel preponderante correspondía a la nueva estructura industrial diseñada bajo patrones norteamericanos.

(3) El nuevo reformismo dentro del franquismo que representaban figuras diferentes y complejas que solemos catalogar dentro del *cajón de sastre* de la tecnocracia (la época dorada de los denominados ministros tecnócratas será los años sesenta y la recta final del franquismo, bajo el paraguas protector del Almirante Carrero Blanco); en sustancia, los cambios navegaban hacia una apertura económica a los capitales extranjeros con vistas a la modernización de la estructura económica, para hacerla más acorde con el contexto internacional del capitalismo.

(4) La opinión de sectores falangistas, ya claramente rele-

gados, pero todavía plenos de ensoñaciones sobre el pequeño productor agrícola como esencia de la nación, y a los que había que dar alguna tímida satisfacción, por muy sentimental que fuera.

(5) La imperiosa necesidad de modernizar un agro reducido a la ruina, incapaz de alimentar por sí mismo a los españoles; no está demás recordar los efectos nefastos de una guerra destructora y una posguerra casi peor sobre el lento pero inexorable proceso modernizador de la agricultura española que arrancaba del reinado de Alfonso XIII y prosiguió, no sin dificultades durante el breve período de la segunda República.

Aunque la investigación sobre las primeras décadas del siglo XX en nuestra comarca ha sido casi nula, y, de hecho, carecemos de datos concretos y fehacientes sobre los que apoyar determinadas afirmaciones, y con los que trabajar desde una óptica estadística firme; pienso que desde comienzos del siglo pasado, se produjo la consolidación de la propiedad campesina en relación con el debilitamiento de viejas estructuras de propiedad aristocrática, cuyos titulares dieron traslado a su riqueza hacia otros fines o simplemente acabaron prácticamente arruinados. En cualquier caso el proceso liberalizador del país convertía estas propiedades de la vieja nobleza no en fincas con futuro, sino en residuos de un

pasado ya lejano.

(Por cierto, no conozco ninguna investigación sobre las reformas de la Segunda República en nuestras tierras; sin embargo, es muy probable que en aquellos pueblos donde la estructura campesina de la propiedad de la tierra estuviera asentada o en avanzado estado de afianzamiento los brotes revolucionarios que estallaron durante la Guerra Civil no tuvieran el cariz marcadamente radical que en las poblaciones donde el proceso ni siquiera se había iniciado).

De este modo, en la comarca de Utiel y Requena, la propiedad campesina y el sistema cooperativo se desarrollaron en mutua dependencia. El estado franquista necesitaba defender la estabilidad del mundo rural con un ente cooperativo que compitiera en niveles de dignidad dentro de los ejes de un capitalismo crecientemente global; así podía incrementar los ingresos del mundo campesino y crear estructuras colectivas adictas al régimen. Los campesinos se beneficiaron de una estructura económica de dimensiones mayores, fundamental frente a las negociaciones con el nivel comercial una vez recogida la cosecha y elaborado el vino.

La cooperativa sirvió de cobertura también a la modernización general del agro. El ente colectivo adquirió maquinaria de tipo industrial para la elaboración de vino; por supuesto, construyó unas instalaciones dignas para la elaboración del

vino, pero también llegó a adquirir los primeros tractores. El John Deere que compró la Cooperativa de Los Ruíces sirvió para desfondar y realizar tareas diversas en unos viñedos que aún desconocían esta moderna maquinaria, porque estaban todavía trabajados por los seculares mulos.

Un fenómeno largamente anunciado y ampliamente deseado por la sociedad española llegó, por fin, a convertirse en una realidad. España ingresó en la Unión Europea a mediados de los años 80. El capítulo agrario de dicho ingreso era significativamente duro y complejo. Pasados algunos años y una vez completado el proceso, los agricultores podían respirar moderadamente satisfechos, aunque las opiniones siguen siendo varlopintas y muchos piensan que los temas agrarios fueron los verdaderos paganos de la negociación y se les sacrificó para entrar con rapidez en las estructuras del capitalismo europeo. El resultado, globalmente considerado, ha sido unos excedentes monumentales que presionan para bajar los precios campaña tras campaña, y la deserción constante de agricultores, junto al desánimo de muchas otras iniciativas.

Sin embargo, la Unión Europea introdujo un elemento más importante tal vez que las cuestiones de cuotas, limitaciones de producción y mecanismos de control de precios. La Unión Europea inyectó en las venas del agro ibérico la necesidad acelerada de cambios en la prople-

dad. En otras palabras, el agricultor tuvo que hacerse más y más competitivo, puesto que tenía que defender su situación en un mundo en el que el mercado constituía sacrosanta verdad. Para no ser eliminados, los agricultores han ido modernizando sus explotaciones y han intentado producir más barato. En suma, podría decirse que los cambios que nuestra agricultura vivió durante los últimos veinte años reposaron sobre la consolidación de una propiedad agraria más amplia que la anterior, capaz de utilizar como mecanismo de autocrecimiento el nuevo valor de la tecnología. Por otra parte, esto significa la progresiva destrucción u orillamiento de la pequeña propiedad campesina frente a la ascensión del nuevo capitalismo agrario.

Se me dirá que estos cambios se estaban prefigurando antes incluso de nuestro acceso a la Unión. Es cierto. Pero, entonces, ¿cuál es la diferencia con respecto a la etapa anterior? En realidad la influencia del marco europeo fue doble, y ahora trataré de exponer estas ideas de una manera menos sumaria y más coherente.

Por una parte, el sistema de subvenciones, garantías y limitaciones que la Unión había edificado desde los años 60, momento en el que nace la Política Agraria Común, no garantizaba precisamente una mayor protección al pequeño propietario. En realidad, nuestra comarca ha venido presenciando el espectáculo bochornoso de una Unión Euro-

pea concediendo sus ayudas al *necesitado* latifundista. Las normas europeas sólo exigían a los grandes propietarios resultados y empleo adecuado de los dineros. Aunque es evidente que jurídicamente la Unión no plantea un requisito inicial de hectáreas para ser acreedor de las subvenciones e inyecciones económicas que efectúa en el campo, en el momento en que estos capitales llegan al campo producen un fortalecimiento del gran propietario. Ni qué decir tiene que la Unión defiende la idea neoliberal y globalizadora de que únicamente la gran propiedad está capacitada para efectuar mejoras. También considera a estos agricultores empresarios arriesgados que utilizan constantemente los capitales para competir en mejores condiciones y los considera capaces de hacer prosperar a la agricultura hasta convertirla en un sector completamente independiente de la ayuda institucional.

En otro orden de asuntos, los aires que soplaban de Bruselas estaban publicitando las bondades de las grandes propiedades, siempre más fuertes y resistentes a los cambios del mercado. No cabe duda que tras esto estaba la progresiva liberalización mundial de los mercados agrarios por parte del GATT y el proceso de globalización.

No se oculta que el objetivo de la Unión es consolidar un sector agrario capaz de caminar hacia el futuro libre de la tutela política que representan las subvenciones y los siste-

mas de control europeos; por consiguiente, la fragmentación de la propiedad campesina en nuestra tierra se percibe como lastre para la auténtica modernización que está llegando. Se trata, ni más ni menos, que de estructuras de propiedad capaces de realizar inversiones tanto en innovaciones tecnológicas puntuales como en hacer inversiones ajustadas a las exigencias de la explotación, lo cual es difícilmente practicable en el régimen de pequeña propiedad.

En definitiva, existía el impulso real hacia la concentración de la propiedad, pero también la cobertura ideológica adecuada para este proceso. Así, la modernización de la sociedad española y su progreso integral, unido al envejecimiento de varias generaciones de agricultores han hecho el resto y reducido la población agraria a mínimos en pocos años y han reforzado a los grandes y medios propietarios, bendecidos con el agua bendita del neoliberalismo globalizador.

III

En este ensayo hemos perseguido, tal y como ha quedado perfectamente expuesto, dos grandes objetivos: por una parte, colocar en primer lugar de discusión en este debate sobre el agua las repercusiones inmediatas del regadío sobre la estructura social; mientras que, por otra, se reflexiona sobre la crucial situación de una sociedad enfrentada a la globalización y en plena digestión de unos cambios tecnológi-

cos demasiado brutales como para resultar un *camino de rosas* en la trayectoria de la sociedad agrícola.

Queda demostrado por la evidencia que la tentación, exageradamente generalizada, de creer que el desarrollo agrícola sólo puede tener lugar en las grandes propiedades que hacen posible y provechosa la inversión de capital a gran escala, es completamente falsa. Los planes importantes de puesta en valor de la tierra e incremento de su productividad a través del regadío, el abonado, etc., han sido realizados desde el lugar de nuestros pequeños agricultores.

Son ellos también los que han entrado en nuevas dinámicas de mercado al introducir variedades viníferas nuevas y tomar, hasta cierto punto, un sendero arriesgado. Desde luego parece fenómeno de otros tiempos esa supuesta —realmente, creo que es una auténtica falacia histórica— antológica resistencia del agricultor al cambio. Lejos de ser un obstáculo para el cambio económico, el campesinado comarcano ha constituido en realidad su incentivo al adoptar nuevas prácticas, nuevas técnicas, nuevos cultivos; en definitiva, también al caminar por una mejor administración de su hacienda. Y este tema afecta decisivamente a la cuestión social que se plantea no ya únicamente en Los Rulces; en realidad, constituye una matriz comarcana, un asunto decisivo, componente esencial del alma de unas gentes.

Es, pues, un requisito inexcusable subrayar la estructura de clases agraria como engranaje fundamental de estos cambios, pero también es bien cierto que, en los momentos finales del siglo XX, las posibilidades de cambios en el sector agrario y en los equilibrios de fuerzas socioeconómicas asentados por los largos años del cooperativismo, están relacionadas con una verdadera pléyade de factores que van desde las exigencias de las normas europeas hasta la evolución general de la sociedad española. Es difícil negar por ejemplo que la modernización de nuestra sociedad ha conducido a una reducción considerable de la población activa agraria.

Mientras el cooperativismo arraigaba y permitía grados diversos de prosperidad, los agricultores financiaban con sus recursos el progreso social de sus descendientes y hasta la migración de clase de los mismos a través de los estudios universitarios. El prodigioso crecimiento del sector terciario español ha hecho el resto, favoreciendo la instalación de quienes deseaban huir de la esforzada e insegura vida agrícola e integrarse en un nuevo escalón de la estructura de clases. Este circuito ascendente de la pequeña sociedad ruicense y del conjunto comarcano es más importante de lo que parece, y significa un paso adelante en la capacidad generadora de cambios de nuestro sector económico.

La tradición de pensamiento económico capitalista y las pulsiones

políticas que vienen de Bruselas laboran a favor de la gran propiedad, pero infravaloran completamente el notable potencial de la economía familiar agrícola.

En una especie de perspectiva agustiniana, calvinista o jansenita, es cierto que una fuerza fundamental del cambio tecnológico y, por consiguiente de la modernización, viene de una situación de presión abrumadora sobre el campesinado. Estas presiones, política, económicas y de otros órdenes han provocado el estallido del sistema cooperativo en Los Ruices. De esta manera, un sistema que había alentado transformaciones económicas, que había posibilitado un relativo progreso social y la transmigración de almas a los núcleos urbanos, no siempre con una deficiente formación educativa y profesional, saltaba hecho añicos víctima de ambiciones y de la incapacidad de la gente y de la institución para digerir los cambios tecnológicos derivados del sistema de riego de la viña.

La comunidad agrícola ha podido conservar una parte no menor de su grado de estabilidad gracias a la disposición de trabajadores magrebíes y este-europeos, cuyos servicios han permitido soslayar ciertas mejoras mecanizadoras. Sin embargo, la presencia del factor político está, una vez más demostrando su capacidad para enfocar las vías de modernización hacia la mecanización.

En la práctica, las actuaciones

de las autoridades en las últimas campañas de la vendimia sobre determinados agricultores acusados de contratar trabajadores ilegales, empujan hacia medidas de inversión en maquinaria que no favorecen salidas económicas basadas en principios nítidos de calidad. Las organizaciones sindicales y los mismos agricultores multados en las inspecciones han rechazado el pago de las multas. La resistencia del campo es aquí asunto de vital importancia. La consecución de una especie de *manga ancha* sobre el trabajo agrícola en nuestra comarca, o la legalización de aquellos trabajadores que son necesarios y que desean trabajar en nuestro campo, es un punto clave para el avance de la *vía modernizadora fundada en la mejora de la calidad*.

No niego que el riego proporcione calidad. La creación de la Comunidad de Regantes que agrupa a gentes diversas de los Ruices y otras aldeas de los alrededores, debe proporcionar una base mínima de ayuda a las cepas afectadas de sequía. Todos sabemos que en los últimos años la sequía se hace especialmente severa y amenaza con arruinar determinados viñedos. Pero el riego cabal, ordenado por las leyes debe permitir el mantenimiento de cotas de calidad que no deben perderse por las ansias acumulacionistas de la mentalidad del capitalismo agrario.

Porque realmente ha sido esta mentalidad de la acumulación máxima, incluso a costa de calidad y de

perjudicar la calidad del resto del vino y la uva de los cooperativistas, la que está en la raíz del problema surgido en Los Ruices. El clima adecuado fue el alza de precios que la uva y el vino tuvieron durante algunos años. Esto facilitó las inversiones de ciertos individuos, por ejemplo en maquinaria, pero muy especialmente en las prospecciones indiscriminadas de agua. Estos pozos que se abrieron a lo largo y ancho de la geografía de Los Ruices, algunos con triste final (exceso de yesos en las aguas, por ejemplo, llenaron los bolsillos a los que regaron y regaron hasta que la uva que llegó a la cooperativa no cumplía ni los más mínimos requisitos de grado y color imprescindibles.

Sin embargo, el asunto de las ambiciones personales no parecía tener fin y los mismos cooperativistas presionaron durante años para variar las reglas de reparto de dineros dentro de una institución que hasta entonces no había funcionado nada mal. De pronto, la Directiva, formada por los mismos regantes, amparadora de prácticas dudosamente justas en un ente colectivo como la cooperativa, fue sustituida por otros miembros dispuestos a variar el rumbo. Este fue el punto en el que se produjo la ruptura: los regantes se separaron y realizaron aparte su propia cooperativa.

No deja de tener su gracia que los escindidos creen su propia cooperativa. ¿Por qué mantener un sistema que finalmente les ha perjudi-

cado? ¿Pura inercia social y económica? Verdaderamente es algo más sencillo y bastante más pragmático. El nuevo escenario, el de la globalización y los excedentes, requiere tal nivel de capacidad para competir que las iniciativas individuales, si no están respaldadas por mucho capital, están amenazadas por un oleaje demasiado potente. Los barcos pequeños pueden naufragar como las pateras del estrecho o Canarias.

Lo que resulta de la situación actual es un escenario complejo en el que es posible percibir a nivel general dos grandes tipos de estructura de explotación. En primer lugar, una explotación agraria de aspecto radicalmente nuevo sobre la que podría cernirse el fantasma peligroso de un descenso de la fertilidad del suelo. Esta idea no es absurda; ni tampoco exagerada. Algunos agricultores han contemplado ya en sus campos el efecto de un abuso de fertilizantes y de un regadío excesivo y egoísta. ¿Existe una certeza total o suficientemente amplia sobre las virtudes productivas del emparrado en nuestros suelos?

Plenso que el emparrado tiene un sentido claramente productivista y, en consecuencia, bastante más conservador de lo que parece. Tradicionalmente nuestra agricultura ha orillado mejoras significativas de sus caldos en aras del aprovechamiento de coyunturas alcistas de un mercado, nacional e internacional, que podían incrementar los ingresos,

aunque el prestigio de nuestro capitalismo agrario fuera inexistente. El emparrado me sugiere realmente una profundización en esta línea, más cuantitativista que atenta a las mejoras de calidad y la conquista de mercados selectos. ¿No habíamos quedado en que la salida más adecuada a nuestra economía agraria era la calidad? Naturalmente que la relación de fuerzas ha favorecido estas *vías de modernización*, al estar detrás la suave mano de Bruselas. Por supuesto, no digo esto con el objeto de minimizar la importancia de los agricultores que han introducido estos cambios. Estoy convencido de que al proceder de esta manera los nuevos agricultores no se han convertido en los agentes exclusivos del triunfo de un capitalismo modernizador y nuevo; sino en los factores de una modernización en la que existen vías diferentes.

De modo opuesto, los campesinos del lado de la Cooperativa se están mostrando capaces de protagonizar su propio proceso de modernización. La raíz de la divergencia de los agricultores de la cooperativa está en el conflicto de intereses suscitado con los regantes refractarios, los nuevos agricultores. Convulsionada hasta sus mismos cimientos, la Cooperativa ha tenido que generar sus propios remedios necesarios para sobrevivir, y al frente de estos figura la calidad como premisa esencial.

En esta línea de actuaciones la Cooperativa de Los Ruices ha comenzado a consolidar sus valores

produciendo cava que destina esencialmente a las empresas comercializadoras catalanas. Esta es una brecha inédita en el mundo cooperativo para acceder a mercados hasta ahora totalmente desconocidos. El cava parecía asunto exclusivo de catalanes y de algunos aventajados de la comarca como Torre Oria.

Aquí están perfiladas dos vías absolutamente diferentes de modernización. La una es más conservadora y tradicionalista. La de los cooperativistas tradicionales, una vez superada la tormenta y haber efectuado las reestructuraciones internas precisas, se ha embarcado en una nueva fase de crecimiento hacia adentro.

Sin embargo, no deben olvidarse los problemas que ya existen desde hace tiempo y otros que se adivinan tras las cortinas: el envejecimiento de la estructura humana que soportan los agricultores de Los Ruices (una característica que comparten con la comarca entera y con la misma España); el reto de la mecanización de la vendimia; las previsibles dificultades en los próximos años dado el elevado endeudamiento de muchas economías familiares, entre otros.

Finalmente quedan por extraer algunas ideas sobre la importancia y significado del regadío. La contradicción más sorprendente de los nuevos desarrollos que se plantean en nuestra tierra no es suficientemente comprendida por nuestra sociedad. Sin pretender exagerar una situación

crítica de carácter local, parece claro que nos dirigimos a un período de serio cuestionamiento de los fundamentos ecológicos del sistema productivo. Las contradicciones entre el planteamiento recursos acuáticos y desarrollos modernizadores que definen la situación actual, pueden producir una crisis aguda en la que el conflicto social se intensifique. El problema ecológico puede estar ya a punto de producirse. Y en ese momento ¿qué?

Aunque el estado no desempeñara más cosa que una función paraguas, durante largos años supuso una cierta salvaguardia para la Cooperativa, quizás sobre todo por su neutralismo. Sin embargo, la incorporación a las instituciones y políticas de la Europa unida no ayudaba precisamente a mantener la vitalidad de la ya vieja institución aldeana. Bruselas ayuda a reducir las murallas defensivas y de expansión del pequeño agricultor, no sólo mediante la entrega de subvenciones que para nada tenían en cuenta los recursos del empresario agrícola, sino también negociando en el mercado internacional condiciones cada vez menos favorables a la producción nacional. Dado el debilitamiento del pequeño agricultor, alentado por el factor político, únicamente los bolsillos abultados o audaces pudieron aprovechar el favorable ambiente de la década final del siglo.

Pero no me gustaría terminar con un vaticinio catastrofista. Encuentro que la situación actual en

Los Ruices es crítica, pero en el sentido de estimulante, provocativa, presta a la profundización de cambios de gran interés. Espero haber esbozado en este breve ensayo algunas de las razones por las que no puedo aceptar la tesis de que el agua es una vía de desarrollo exclusiva. Sean cuales sean las implicaciones de los cambios está claro que las vías de modernización actuales son diversas y complejas, que constituyen un proceso de cambios y reajustes para recuperarse de una crisis profunda. Y estos procesos son espectaculares y pueden proporcionar nuevos incentivos a los agricultores, recompensando su iniciativa, sus riesgos y estimulando su trabajo.

IV

Iniaba mi argumentación con la idea de que las profundas modificaciones sociales que se perciben en Los Ruices inducirán procesos futuros que ahora todavía son apenas perceptibles. Analizaba las fuerzas históricas que habían ido configurando el sistema cooperativo tal y como ahora lo tenemos, pero intentaba razonar las dificultades con que un sistema de esta naturaleza, esto es, de carácter colectivo y basado en la pequeña propiedad, se enfrentó a partir del momento en que tuvo que competir con los sectores agrarios del resto de Europa y cada vez más del resto del mundo.

Al mismo tiempo afirmaba cómo habían ido definiéndose los diferentes factores que habían permitido el cre-

cimiento de determinadas propiedades, que han sido capaces de introducir notable cantidad de innovaciones, particularmente tecnológicas, aun a costa de un fuerte endeudamiento.

Finalmente, he defendido la importancia de la acción colectiva de la Cooperativa de Los Ruices para encarar de otra forma los cambios que el mercado exige. Para mí estos dos procesos son muy importantes. Tanto el proceso de ascenso de las propiedades medianas y grandes como la s muestras de dinamismo que ofrecen los pequeños campesinos integrados en la cooperativa son importantísimos. Sobre todo, quisiera aclarar que el axioma que hace recaer en las grandes propiedades las cartas más valiosas para el futuro no tiene por qué ser real. Existen ejemplos diferentes de capacidad competitiva y modernizadora de la pequeña propiedad. En la Francia de finales del siglo XIX existieron pequeñas propiedades capaces de competir con las que desarrollaban una actividad económica a gran escala. En el Flan-

des de los siglos XVII y XVIII las pequeñas propiedades no eran menos dinámicas que las grandes.

Es decir, las fincas pequeñas no son por sí mismas improductivas y de escaso rendimiento. No creo que sean las propiedades medianas y grandes las únicas que poseen los valores y las actitudes apropiadas para maximizar la producción destinada al mercado.

La parte básica de la confrontación que analizo en este ensayo se encuentra en la consideración de la economía del agua como nuevo becerro de oro del siglo XXI. El nuevo objeto de adoración por el pueblo ya no es el pagano becerro de oro que el *Exodo* refiere acerca de las tribus israelitas sacadas de Egipto por Moisés. Pero se extiende por nuestras tierras como una verdadera plaga; tal vez porque falta agua, porque las sequías son persistentes y no se vislumbra solución sobre ellas. El nuevo valor tecnológico del agua tiene otros pasajeros: el emparrado, la vendimia mecanizada, etc.